

## PRÓLOGO

No recuerda haber estado jamás en ese lugar y tampoco sabe cómo ha llegado allí. Quizá sea otro de esos sueños en los que uno se siente a la vez protagonista y espectador, uno de esos donde únicamente comprendes que sueñas cuando estas a punto de despertar. Pero, sin embargo, todo es tan real... Siente el crujir de la hierba escarchada bajo sus pies y el ulular del cortante viento en sus oídos y en su piel. Y frío, mucho frío, orlado de una oscuridad aún más fría.

Sus sentidos le corroboran la pavorosa incongruencia que supone la presencia de su figura encorvada allí, ajado estandarte de jirones de piel en medio de una planicie cubierta de plantas y arbustos ralos, aparentemente tan infinita como vacía hasta donde alcanza la vista. Se gira a un lado oteando el horizonte, luego al otro, y vuelve al principio, mientras se abraza en un vano intento de encontrar consuelo más que de mitigar el perenne frío. Nada. No hay nada. Ni carreteras, ni pueblos... nada.

Un momento. Un hálito de esperanza cálido como un beso materno nace en su pecho cuando observa que, a lo lejos, la soledad muestra una discordancia por la presencia de un bosque que se yergue ante él en la distancia como la corona de ópalo de un orfebre loco.

La oscuridad que se acuna en ese bosque es más acusada si cabe que en todo lo que le rodea, casi palpitante, pero comprende que no existe allí –donde quiera que fuera allí– otro lugar donde encontrar refugio y resguardarse de la ventisca. Así que encamina sus pasos (y encomienda su espíritu, solo por si acaso) hacia allá, mientras desea con

*Mario Peloché*

todas sus fuerzas que lo que pueda encontrar en él sea menos dañino que el cierzo helado que deja atrás.

Al acercarse observa unos extraños árboles, que como todo en este lugar parecen no regirse por las leyes de la naturaleza que creía conocer. Mecen sus ramas cubiertas de espinas y sus brillantes hojas aciculares, que contrastan con las macilentas cortezas del color de la ceniza, mientras sus ciclópeos troncos se alzan cerrándole el paso como si de la infantería de la propia tierra se tratase. Parecen acurrucarse unos contra otros como protegiéndose del frío y cuchicheando acerca de su intromisión, muda conversación de ramas trémulas y bocas de corteza, pero al momento se inclinan y abren dejando apenas espacio para una tenue vereda que se interna entre ellos, una senda que juraría que hace unos segundos no estaba ahí. Pero claro, eso en realidad no importa.

Hace unos segundos él tampoco estaba allí.

Al penetrar en el bosque ha cesado de repente el monocorde sonido del viento, y es ahora cuando se asusta de verdad, porque la ausencia de sonido parece amplificar millones de veces la soledad de este sitio y a la vez la suya misma, pero aun así sigue andando, nervioso, tratando de no pensar, de despertarse, de escapar. Sigue andando porque sabe que no le queda otro remedio, porque sabe que lo único que le mantiene cuerdo son sus pasos.

De repente, nota la presencia de algo, de alguien. Observándole. Se gira rápidamente pero no ve nada. Un crujido a su izquierda.

Dos feroces ojos brillan entre la maleza, y, como si el atisbar su presencia hubiera activado un resorte invisible, un coro de aullidos se desencadena, cerniéndose sobre él como lo hace el mismo bosque.

Más pisadas, chasquidos, ojos que aparecen y veloces escapan, la sombra furtiva de lo que parecen ser grandes lobos que aúllan pero que a la vez ríen como hienas, que gimen como niños abandonados, burlándose de él, vertiendo en su corazón tazas de miedo helado.

De pronto uno de ellos, como si hubiera decidido poner fin al juego, se muestra. Al principio el hombre solo distingue un movimiento en uno de los matorrales, que se va volviendo cada vez más violento a medida que los animales de la manada parecen dirigirse hacia allí, hasta que cesa por completo. Durante un segundo, muchos pares de ojos le observan desde una grieta entre el follaje, brillantes, astutos, expectantes, y al siguiente parecen converger entre sí y fundirse en uno solo. Y es entonces cuando el lobo al que pertenecen avanza.

El hombre retrocede hasta que nota el contacto de uno de los árboles en su espalda, y siente el fluir de la savia en su interior semejante al latir de un corazón desbocado que no tarda en comprender que es el suyo.

El lobo se acerca a él, poco a poco, despacio, como si comprendiera que en su propio sueño el hombre no va a tener la oportunidad de escapar despertándose de repente, como si intentara arrullarle con la mera visión de su pelaje níveo y su andar majestuoso...sí, eso debe ser. Siente cómo su miedo desaparece, cómo se repliega a su interior, asustado como una criatura nocturna de la luz que emana de esos ojos y que al mismo tiempo le serena.

Ahora nada le asusta ni le asombra, incluso cuando el lobo empieza a cambiar. Se transmuta, se yergue sobre dos piernas, todo nebuloso, oscuro, excepto los ojos. Son los mismos que han acariciado algo en su interior hace un momento. Rasgados, grises, tan cerca de él que se siente

|  
— |  
*Mario Pelоче*

deslumbrado por las centellas que como satélites giran alrededor de la pupila.

En un instante los contornos se definen y la figura toma forma. Ante él se encuentra una mujer, aunque una voz en su interior parece susurrarle que ella es a una mujer lo que la criatura anterior a un lobo. Aun así no puede más que admirar la belleza más perfecta que jamás haya contemplado, la esencia de la naturaleza destilada en un cuerpo femenino. Donde antes había simple pelaje blanco ahora mil matices argénteos refulgen con intensidad propia: el cabello cascadas de marfil, los miembros moldeados en alabastro, las uñas cristales de glaciario. Y sus ojos, siempre ellos, que le privan de la razón, de la conciencia, del sentido de sí mismo.

Una música, que surge a la vez de ella y de todo, empieza a envolverle como el bosque, como la luz, como sus ojos, y reverbera en la bóveda de los árboles arrastrando consigo unas letras que al principio no logra aprehender pero que acaban por instalarse en su conciencia aun antes de ser entendidas.

*Yo, yo soy cúmulo oscuro  
que recubre el vergel ignoto  
soy el corazón roto  
de la deidad más impura*

*Yo, yo soy limbo susurrante  
del tiempo y de las vidas  
soy el cenit de los días  
y la esencia de la tierra.*

*Yo, yo soy el éter hendido  
por el báculo atezado,  
soy el ente descarnado  
y la voz de la conciencia.*

Hécate |

*Recuerda que siempre he sido  
en la cripta de tu alma,  
soy la que todo lo calma  
y la que en ti regenta.*

El hombre se deja llevar por el hechizo de la letanía, y finalmente se abandona al sopor que le atenaza, y mientras duerme en ese mundo despierta en otro al que tampoco cree pertenecer.

— |

| —

— |

| —

PRIMERA PARTE

PSIQUE

*Uno puede cerrar los ojos a la realidad, pero no a los recuerdos.*

S. JERZY LEC

*Las acciones más trascendentales de nuestra vida las ejecutamos en plena inconsciencia, casi como sonámbulos.*

PÍO BAROJA

— |

| —

— |

| —



## CAPÍTULO 1 PRIMERA CONSULTA

No estoy loco.

Tiempo. Espacio. Vida. Cordura. Todo parece relativo cuando la totalidad de lo que te rodea, incluyendo las personas que más quieres, parecen haber ponderado tu estado psíquico, y el veredicto es un irremisible pulgar apuntando hacia abajo.

*Morituri te salutant.*

Tus palabras resuenan huecas, vacías, carentes de resonancia en la aséptica atmósfera de la consulta. Has perdido la batalla, y lo peor es que casi te da igual. Quizás, tan solo estás muy cansado. Y quizás, solo quizás, puedas hacerte creer eso a ti mismo.

—¿Por qué piensa que yo creo tal cosa?

La voz, tan aséptica como la consulta, surge atiplada y carente de inflexiones, supongo que educada así con el propósito de no despertar recelos ni inseguridades en los pacientes ansiosos. Contrasta con el voluminoso cuerpo que descansa en el típico sillón de consulta, funcional pero cómodo. Yo, como no podría ser de otro modo, reposo tendido en el típico diván de consulta. Funcional pero cómodo.

Estoy cansado de sus preguntas, de su cara, de vivir.

—Oh, vamos, no me venga con el rollo manido de responderme con preguntas —le contesto hastiado, deseoso de irme, de escapar a algún lugar muy lejano.

Unos segundos de silencio. Una pausa de manual, más efectista que efectiva, para que nos de tiempo a pensar. A los dos. Yo por mi parte solo pienso en que, a tono con el

*Mario Peluche*

resto del mobiliario, él es el típico psiquiatra sabelotodo con aires de superioridad mal disimulados. Su atuendo parece ir acorde con la escuela freudiana acerca de la preponderancia de la mente sobre el aspecto personal. Ladeo la cabeza, y en un vistazo somero observo que no le falta ni uno solo de los complementos clásicos de la profesión, desde las gafas cuadradas de pasta a la chaqueta de pana con coderas, por no hablar de su perilla de intelectual neoclásico.

—¿Por qué no se relaja y nos limitamos hoy a empezar por el principio?

Sonríe. Me ha caído en suerte el más espabilado de su promoción. O eso o se pasa por el forro mis palabras. Empecemos por el principio. Redundancia absurda. ¿Por dónde empezar si no?

—¿Quiere que comience con en el principio solo había oscuridad o prefiere que pasemos a algo más concreto?

No sonrío. Eso no debe venir en su manual. Me mira por encima de sus gafitas de trescientos euros, cristales antirreflejos aparte. Sí, sin duda ya me tiene juzgado. Joven, reportero (porque él no me juzgará como periodista, eso no) a tiempo parcial, demasiado delgado, demasiado pálido... y con una relativa neurosis. O quizá no tan relativa; después de todo, tengo un trastorno del sueño del copón.

Puede que este simulacro de conversación solo busque estirar el tiempo hasta que la sesión termine y ¡op, voilà!, otro loco curado, otro cheque cobrado.

—¿Por qué no me habla de su familia?

—Vale. Mi madre está ingresada en un sanatorio mental y mi hermana está muerta.

El doctor me mira y por primera vez una emoción genuina surca fugaz su rostro abotargado, enarbolando la bandera de la perplejidad. Revisa un folio mecanografiado, vuelve a mirarme y garrapatea algo en un papel.

No comprendo por qué le ha afectado lo que le he dicho, cuando todo debe constar en el expediente que tiene abierto encima de la mesa. En su cubierta, sobre una pegatina blanca, destaca *Víctor Ramos* escrito de su puño y letra, y deja entrever los informes de otros especialistas que ya han indagado en mi psique, digamos que con un éxito apenas apreciable. Un rostro —mi rostro— me mira desde una foto barata, horrible como todas en las que salgo. El pelo negro, corto y disparado en todas direcciones, la barba de tres días, los ojos oscuros con apreciables bolsas producto de interminables noches casi sin dormir. No me dejó engañar. La foto es horrible porque mi cara es horrible.

Debo reconocer, sin embargo, que me ha causado cierto placer el verle reaccionar, comprobar que en vez de un monigote adosado a un altavoz me encuentro frente a una persona con sus propios miedos e inquietudes internas. Así que intento no desaprovechar la ocasión.

—Ah, y de mi padre no sé nada desde hace años.

Su rostro ha recobrado la neutralidad académica. Esto está dejando de ser divertido.

—No me diga que ha inferido usted solito que toda esta... digamos anómala situación familiar ha podido trastornarme de alguna manera. No me lo diga, porque entonces tendría que devolverme el dinero.

—Dejaremos el tema de su familia para otra ocasión —me concede como una dádiva. Me parece bien. A mí no me gusta hablar de mi familia y él parece haberlo comprendido—. ¿Tiene pareja?

—No.

Error. Si hay algo de lo que me guste hablar tan poco como de mi familia es del, para mí, proceloso mundo de las relaciones personales. No me gusta tener que admitir que

|  
—  
  
|  
  
| *Mario Peluche*

apenas he tenido un par de relaciones importantes, que no duraderas, porque, como en las reacciones atómicas, el contacto prolongado conmigo las vuelve inestables. Si el mero hecho de establecer contacto con una mujer me cuesta Dios y ayuda... será mejor no mencionárselo, no sea que, aparte de lo mío, me endilgue un complejo de Edipo por sobreprotección materna, o alguna gilipollez por el estilo.

—Y la ha tenido hace...

—Le digo que no.

Levanta la vista de sus papeles al percibir el tono cortante.

Vuelve a anotar algo.

—Está bien. ¿Y qué hay de sus aficiones?

Vuelve a ceder. Nueva dádiva. Supongo que no será por que le caiga bien, sino por que esta es nuestra primera cita. No creo que en las siguientes (si las hay) se muestre tan flexible.

—Bueno, pues me encanta leer. ¿Le gusta la Historia?

El psiquiatra y sus gafitas asienten. No quiere que me detenga.

—Bueno, eso está bien. A mí sí. Mucho. Me apasiona leer. De hecho, tengo mucho tiempo para hacerlo, por mi profesión y por mis... problemas. Pero eso usted ya lo sabe, claro.

Hace un gesto displicente con la mano abierta en mi dirección, un adelante educado de profesional educado.

—Y leer Historia me ayuda a evadirme... de manera consciente, claro. Adentrarme en ciudades y personajes que no están hilvanados con retazos de mi propia alma.

Me detengo. Él no parece reconocer la mención a una cita de Pessoa. No sé de qué me sorprende. Creo que no me equivoqué al pensar que no era una lumbrera. Creo que

tampoco me equivoqué al pensar que solo le interesa que hable, no lo que le diga.

—Habrá oído usted hablar de las guerras púnicas, las que enfrentaron a cartagineses y romanos por el dominio del Mediterráneo.

—Claro, cómo no.

—Pues bien, hubo un general romano, Marco Atilio Régulo, que durante la primera de estas guerras fue hecho prisionero en África. El consejo de ancianos cartaginés tomó la decisión de enviarlo a Roma para que parlamentara y consiguiera un armisticio, con la única e ineludible condición de que tenía que volver a Cartago una vez que hubiera parlamentado con el Senado. Y este señor cónsul romano, de rancio abolengo y perteneciente a una estirpe que se remontaba hasta la fundación de la misma Roma, pues fue a su patria, parlamentó y negoció la susodicha paz, que por supuesto le fue negada. Ya sabe lo que les ponía a los romanos una buena guerra, sobre todo si venía precedida de la ruptura de un tratado de paz que ellos mismos hubieran firmado. ¿Y qué cree que hizo a continuación?

—No lo sé, explíquemelo usted.

—Pues volvió. Sí, volvió, a pesar de los ruegos de su familia, a pesar de la petición expresa del propio Senado, a pesar de ser consciente de lo que podía pasarle. A pesar de los pesares, volvió. Código de honor, ética, estupidez extrema... llámelo como quiera.

—¿Y cómo acaba la historia? —me insta a seguir. Casi parece interesado.

—Es evidente. Le sometieron a una terrible tortura hasta que murió.

Silencio. Sin aplausos, sin vítores. No se muestra sorprendido.

*Mario Peluche*

Él y yo sabemos, por distintas razones, que hay más, que falta algo importante.

—La tortura a la que le sometieron —añado inclinándome hacia él—, consistió en que durante semanas, día y noche hasta ocasionarle la muerte, le impidieron que durmiera.